

El infierno de la perfección

Julio Patán

Ah, la afición por los hombres fuertes. Los latinoamericanos la tenemos muy asimilada, un poco debido a que los dictadores suelen tener éxito de taquilla en todas partes y, otro poco, o mucho, porque en este continente inventamos una versión enmascarada del autoritarismo, una forma digamos mestiza, puesto que se incorpora al poder por vías democráticas pero opera con un estilo de mando ejercido a dedo: el populismo, tal vez la más marrullera de las formas de ejercer el gobierno y por eso la más difícil de desactivar. Una forma de gobierno que se repite incansablemente, como un noviazgo codependiente, desde la primera parte del siglo XX, para configurar una nómina de maestros del folclor bananero que va del claramente fascistoide Perón a sujetos engañosamente *progres* como Omar Torrijos, Evo Morales y Daniel Ortega, pero sobre a todo Hugo Chávez, que sin duda le dio un nuevo significado al término.

Esto lo entiende cabalmente Rory Carroll, el insidioso, detallista e inteligentemente sobrio corresponsal de *The Guardian* que pasó varios años en la Venezuela chavista y salió con las plumas limpias para contarlos. Y lo que cuenta es desolador. Las cifras grandes, *macro* —disculpas por el horror de terminarlo— las conocíamos por la prensa, lo mismo que la historia de Chávez, espléndidamente biografiado por Alberto Barrera y Cristina Marciano en *Hugo Chávez sin uniforme* y por Enrique Krauze en *El poder y el delirio*. La aportación de Carroll es, sobre todo, de índole periodística. Lo que hace el irlandés es lo que todo buen cronista: deambular incansablemente por el territorio retratado, un territorio que se parecería al Apocalipsis si este pudiera tener origen en una mente tan desorbitada y a la vez tan elemental como la de Hugo Chá-

vez, y si no fuera porque los miles de millones de dólares petroleros tirados a la basura no han servido para cimentar una economía sólida o una ciudadanía dueña de sus destinos monetarios, y sí para regar de dinero una interminable reserva natural de ineptitud y corrupción administrativas a fin de disimular un poco el desastre subyacente.

Carroll visita costosísimas plantas industriales abandonadas sin haber trabajado; recuerda lugartenientes que vivieron libres de peligro bajo el manto cómplice del comandante hasta que este decidió que era útil sancionar su corrupción para defenestrarlos políticamente; cuenta su aparición en el inverosímil *Aló presidente*, el famoso programa de televisión protagonizado por el teniente coronel en sesiones maratónicas; sitúa y contextualiza la oleada de influencias castristas en Venezuela; recuerda con espanto el total de adeudos con China, impagables para un país donde toda la producción, hasta la petrolera, va en picado, y se acerca a los radicales que consolidan las bases de apoyo chavista, esos contingentes en teoría espontáneos que conforman el músculo, la cara intimidatoria, de un sistema autoritario que sin embargo no puede abrirse de capa como dictadura.

Carroll avanza sobre los pasos de Ryszard Kapuściński, el elogio más obvio pero también más justo que se le puede hacer. Como hizo el polaco con los regímenes del Sha de Irán y de Selassie, el irlandés escanea las ruinas de un país conformado a imagen del supremo líder, un país asimismo estridente, desmesurado e inviable, aunque lejano a los excesos de crueldad de los otros dos. En esa medida, su libro, más allá de las fronteras venezolanas, suena a resumen de época, a cierre de capítulo. Habla de una manera radical y alucinante de entender lo

político y lo social que da toda la impresión de entrar en fase terminal —hasta que se recicle otra vez, claro— con la muerte prematura de Chávez y el ascenso al poder de Nicolás Maduro, su hijo idiota, los arrebatos de Evo Morales, que gobierna con leyes racistas un país que ni siquiera es mayoritariamente indígena, o la enésima salida del clóset de Daniel Ortega, un cleptómano y abusador sexual que no es libre de sospechas de estalinismo.

Es, *Comandante*, uno de los dos libros cruciales sobre el fenómeno del autoritarismo que publicó la editorial Sexto Piso el año pasado. El otro es nada menos que *Muss. El gran imbécil*, de un autor maldito dueño de evidentes aptitudes literarias y también notables concesiones a la sensiblería, Curzio Malaparte, que en cambio metió las alas en el lodo del fascismo italiano, y el pico, y la cabeza, y chapoteó sin cerrar los ojos hasta que fue represaliado y se trató de reciclar como un antifascista, él, que fue cercanísimo al *Duce*, ideólogo del movimiento y beneficiario del aparato de Estado fascista. De esa historia truculenta y contradictoria, justamente, nacen los dos textos que componen este libro de altos vuelos, un verdadero hallazgo editorial que sin embargo conviene leer con plena conciencia de quién y cuándo lo escribió.

Una vez caído de la gracia del patibulario Benito, Malaparte alcanzó sus cuotas literarias más altas. A ese desengaño debemos *Caput*, *La piel* y *Teoría del golpe de Estado*, es decir, tres referentes centrales de la literatura alrededor del fascismo italiano y del autoritarismo en general, y *Muss*, una obra fragmentaria que Malaparte empezó a escribir en los años treinta para dejarla ya en los cincuenta, cuando su desilusión con el *Duce* era patente y su necesidad de un la-

vado de cara, imperativa. Esto explica no solo su carácter fragmentario y discontinuo, sino también la bipolaridad de las opiniones e incluso de las emociones vertidas en sus páginas. El autor transita de la falsa compasión al odio antes de llegar a la compasión verdadera, pero sobre todo transita del amor al amor despechado de un modo que a veces roza la pasión erótica no asumida, como le gustaba a Mussolini, en la lógica habitual del dictador-macho cabrío.

Pero si Malaparte es bipolar en las emociones, es también decididamente lúcido en su disección del fascismo; si su testimonio es en verdad digno de interés en cada línea, su análisis suele ser brillante. Al ex fascista, al periodista de propaganda —fue director de *La Stampa*— a quien no le temblaba el pulso a la hora de abandonarse a la escritura militante de derecha dura, al militarista, debemos términos tan certeros para definir una dictadura como “técnica de la divinidad artificial”. Cómo tanta lucidez desembocó en tanta fe, o viceversa, es difícil de entender. Lástima, porque enten-

derlo nos permitiría desentrañar uno de los misterios centrales del autoritarismo: su capacidad de seducción.

Esa lucidez, paradójicamente, se difumina en *El gran imbécil*, un texto unitario y sobre todo mucho más claramente crítico, incluso despiadadamente crítico, instalado de plano en el registro de la sátira. Lo que en Carroll es lucidez y distancia con el poder y en *Muss* lucidez sin distancia, aquí es rabia disfrazada de razón. Pero la rabia también enseña. El desmarque irónico de Malaparte, centrado en la fabulación de que *Muss* llega con su ejército a la ciudad de Prato para sufrir el desprecio más descarnado por parte del pueblo al que antes despreció, habla mucho más de Malaparte en sí que del fascismo o de Mussolini, y con él de las relaciones demasiado convenientes, otras veces demasiado apasionadas, con frecuencia plenamente acriticas, de los intelectuales del siglo XX con las dictaduras.

A su modo, el de Malaparte es también un libro que suena a cierre de capítulo, de

capítulo histórico. Si el llamado socialismo real, el de raigambre marxista, conserva incluso hoy cierta pátina de legitimidad en ciertos contextos, los otros totalitarismos, los de anclaje nazi-fascista, llevan décadas sin ofrecer un intelectual respetado en el *mainstream*. Malaparte, como Jünger, pertenece a esa estirpe.

El mayor de los respetos a los editores de Carroll y Malaparte. Se requiere un ojo avezado y un temple decidido, dada la crisis de lo cultural, para traer dos títulos como estos a nuestra lengua. Contienen, nada menos, el tuétano del último siglo y fracción de utopismo, porque eso, el infierno que nace de nuestro afán de perfección, es en el fondo lo que retratan estos libros desoladores y magníficos. **u**

Rory Carroll, *Comandante. La Venezuela de Hugo Chávez*, traducción de A. L. Tobajas y M. Tabuyo, Sexto Piso, México, 2013, 334 pp.

Curzio Malaparte, *Muss. El gran imbécil*, traducción de Juan Ramón Azaola, Sexto Piso, México, 2013, 152 pp.

